

II

Perturbadora desigualdad

Emilio Ontiveros

I. INTRODUCCIÓN

La desigualdad en la distribución de la renta ha aumentado en las últimas décadas **significativamente** en muchos países. Lo ha hecho de forma destacada en el seno de los más desarrollados: en los veinte años anteriores a la emergencia de la crisis actual la renta disponible de las familias creció en **términos reales** una media del 1,7% en las economías de la OCDE, pero en una mayoría de ellas la renta correspondiente al 10% de la población **considerados los más ricos** creció más rápidamente que la del 10% más pobre. La **severidad** de la crisis actual, con el desempleo al alza y la consiguiente depresión de las rentas salariales, está ampliando de forma **significativa** esas diferencias en la distribución de la renta.

En un análisis con datos referidos a 2008, antes de reflejar las consecuencias de la crisis iniciada en ese año, la OCDE (2011) ha confirmado que en el seno de ese grupo de economías desarrolladas la brecha entre ricos y pobres se ha **ampliado notablemente** en los últimos años. La renta media del 10% de la población más rica es **aproximadamente** nueve

veces la equivalente a la del 10% más pobre. Esa relación sigue siendo mucho menor en las economías del norte de Europa.

En las economías consideradas emergentes la desigualdad apenas se ha estrechado, a pesar de la expansión diferencial registrada en los últimos años, siendo únicamente Brasil, en el seno de los BRIC (Brasil, Rusia, India y China), donde se ha apreciado de forma significativa una reducción de la desigualdad. Con todo, la relación es de 50 a 1, muy superior a la de cualquier país de la OCDE.

En las notas que siguen se revisan los determinantes de la desigualdad, la evidencia por países y su relación con el crecimiento económico. Son analizados también los efectos que ejerce la desigualdad sobre la confianza en el seno de las sociedades, en la determinación de las crisis financieras, así como en la generación de conflictos bélicos, como los ahora vigentes en algunos países del norte de África y Medio Oriente. Algunas de las notas reflejadas en este trabajo han aparecido en medios de comunicación, en concreto su antecedente más cercano es un artículo en el diario *El País* (2011).

Anticipo la conclusión probablemente más importante aunque poco novedosa: la excesiva desigualdad en la distribución de la renta no favorece la sostenibilidad del crecimiento económico. No es rentable para el conjunto de la sociedad. Es razonable, por tanto, que se haya convertido en una inquietud de diversas instituciones, con bastante independencia de sus sesgos ideológicos. Reducir ese ensanchamiento en la distribución de la renta que ha tenido lugar en los últimos años es hoy una prioridad ampliamente asumida en la medida en que constituye una condición necesaria para la estabilidad social y económica. Ello, además, es de todo punto compatible con una mayor generación de rentas.

2. DETERMINANTES DE LA DESIGUALDAD

La premisa de la que parte el análisis económico es que son las diferencias en capital humano y capacidad productiva de los trabajadores los que determinan fundamentalmente la desigualdad en la distribución de la renta. Ese es también el punto de partida de la OCDE (2011 y 2012): ha sido la creciente desigualdad en las remuneraciones del trabajo la causa más importante del aumento durante los últimos años de esa brecha en la distribución de la renta. En las economías avanzadas, estas rentas del trabajo representan aproximadamente las tres cuartas partes de las totales generadas por los hogares con población en edad de trabajar.

La desigual cualificación de los trabajadores es, efectivamente, uno de los factores con mayor poder explicativo de las diferencias en renta.

Detrás de ese comportamiento tan desigual de las remuneraciones del trabajo están habilidades desiguales: fundamentalmente el muy distinto aprovechamiento de las ventajas del cambio tecnológico que ha tenido lugar tras la irrupción de las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC) y su destacada contribución al crecimiento económico y, en especial, al crecimiento de la productividad en las economías más desarrolladas. Como se destaca en Ontiveros (2011), el abaratamiento de la capacidad de computación, la extensión de la conectividad que permite Internet y la cada día más explícita aplicación a todos los ámbitos de la actividad económica, con independencia de restricciones geográficas, ayudan a explicar su impacto favorable sobre la eficiencia de las organizaciones y del conjunto de las economías. Ninguna discontinuidad tecnológica anterior resultó tan influyente como estas tecnologías multifuncionales en el aumento de la productividad del trabajo, pero el diferente grado de alfabetización digital, de las habilidades correspondientes de los trabajadores, también está contribuyendo de forma muy explícita al aumento de la desigualdad de la distribución de las rentas salariales.

En un contexto de crecimiento del comercio internacional e intensificación de la dinámica de globalización, la influencia de estas tecnologías en la modificación de las habilidades relevantes de los trabajadores ya fue destacada en un trabajo de Autor, Katz y Krueger (1998), especialmente referido a la deslocalización del trabajo, a la competencia sobre la bases de las cualificaciones exigidas a los trabajadores. La irrupción de las TIC en la práctica totalidad de los subsistemas empresariales (desde la producción a las finanzas o la logística) ha obligado a una adaptación de perfiles profesionales, de la que no están saliendo precisamente beneficiados los trabajadores de renta media. Es verdad que muchas tareas empresariales han sido directamente reemplazadas por procesos amparados en esas tecnologías, con el consiguiente impacto sobre los trabajadores menos cualificados en el manejo de las mismas.

La extensión del *offshoring* y el *outsourcing*, la relocalización de procesos y tareas en economías menos avanzadas, es, efectivamente, uno de los elementos más influyentes en la diferenciación por grado de cualificación de los trabajadores. La extensión del comercio de bienes y servicios intensivos en esas tecnologías también puede tener efectos similares, afianzando la relación entre globalización y desigualdad, cuando las respuestas en términos de mejora de la cualificación no son suficientes en los países avanzados. Así, el impacto de ese cambio tecnológico y de la globalización ha sido significativamente desigual en las economías dependiendo del papel desempeñado por las políticas

económicas y las instituciones, como se destaca en el epígrafe final de este trabajo. Lo que diferencia a las economías con mayor grado de inserción en la sociedad de la información, a la sazón entre las más competitivas globalmente, es la respuesta de cambios en la composición de la oferta de trabajo, fundamentalmente a través de la educación, a las variaciones en la demanda determinadas por esos avances tecnológicos. De lo contrario, como la evidencia sugiere, las rentas y el propio empleo de trabajadores de cualificación media pueden ser los principales tributarios del progreso tecnológico. Todo ello, en un contexto de creciente desregulación, incluidos los mercados de trabajo, que incluso ha contribuido al estancamiento del salario mínimo en muchos países.

Como causa de la desigualdad tampoco puede pasarse por alto la cuantiosa generación de excedentes y su muy desigual distribución en los sectores financieros de algunos países desarrollados. En el seno de esa industria, en la amplia mayoría de las economías avanzadas, la relación entre los ingresos de los profesionales que ocupan las posiciones superiores en las correspondientes empresas y los trabajadores medios es la más elevada de todos los sectores. Ello con independencia de la controversia sobre las retribuciones e incentivos diversos de los banqueros y su papel en la crisis financiera todavía vigente.

De forma paralela a esas diferencias en las cualificaciones de los trabajadores han actuado como determinantes de la desigualdad los ajustes en el empleo, particularmente explícitos tras el inicio de la actual crisis económica. La evidencia recogida para Europa por la OIT (2012), además de verificar la razonable presunción de que la crisis ha ampliado las desigualdades entre los propios trabajadores, perjudicando a los de menor cualificación, destaca ajustes como los asociados al incremento en el trabajo temporal. La evidencia proveniente de Francia o España ilustra que los trabajadores temporales han actuado como una suerte de mecanismo compensador del empleo durante la crisis. En el caso de España se subraya que el 90% de las pérdidas de empleo ha correspondido a trabajadores con ese tipo de contratos. Los descensos en los salariales reales como fuente de la desigualdad en la distribución de la renta a lo largo de la crisis han sido con frecuencia el resultado de reducciones en las horas de trabajo en la industria, en ocasiones como alternativa a los despidos, según el informe citado.

Frente a esas fuerzas ampliadoras de la desigualdad, las políticas sociales apenas han dispuesto de un papel corrector. La protección social ha resultado poco efectiva y no ha hecho sino agudizar la desigualdad. El conjunto de los sistemas de redistribución a través de políticas sociales no ha desempeñado un papel suficientemente compensador. Tam-

co los sistemas fiscales, en particular, han contribuido precisamente a reducir la ampliación de la brecha en la distribución de la renta entre los hogares en el seno de las economías avanzadas.

En realidad, el papel redistributivo de la fiscalidad se ha reducido en muchos países avanzados. La OCDE (2011) destaca que a lo largo de las dos últimas décadas ha tenido lugar una disminución de la progresividad en la imposición sobre la renta, al tiempo que se ha eliminado en muchos países la imposición fiscal sobre la riqueza. Esa incapacidad para que el sistema impositivo compense la ampliación de las desigualdades en la distribución es particularmente explícita en los países anglosajones. Contrasta con la existente en economías como la sueca o la francesa, donde la desigual distribución en las rentas es significativamente paliada por la imposición tributaria, más progresiva que en las economías anglosajonas. En estas últimas, además, las personas con rentas superiores disponen de medios para aprovechar las múltiples posibilidades de deducción, para minimizar el impacto fiscal neto. Simultáneamente, las posibilidades de deslocalización geográfica de ingresos en los segmentos de rentas más elevadas, a través de centros *off shore*, no han dejado de aumentar. Como lo han hecho los gastos fiscales que benefician la tributación efectiva de las rentas más elevadas.

Lo anterior es tanto más relevante cuanto que la propia OCDE reconoce que son las reformas fiscales, y las políticas de concesión de beneficios, los más directos y eficaces instrumentos de redistribución. Aunque con gran dispersión en el seno de los países que integran esa organización, las transferencias de efectivo –pensiones, desempleo y beneficios a la infancia– suponen las tres cuartas partes del importe redistributivo total, mientras que los impuestos son responsables del resto.

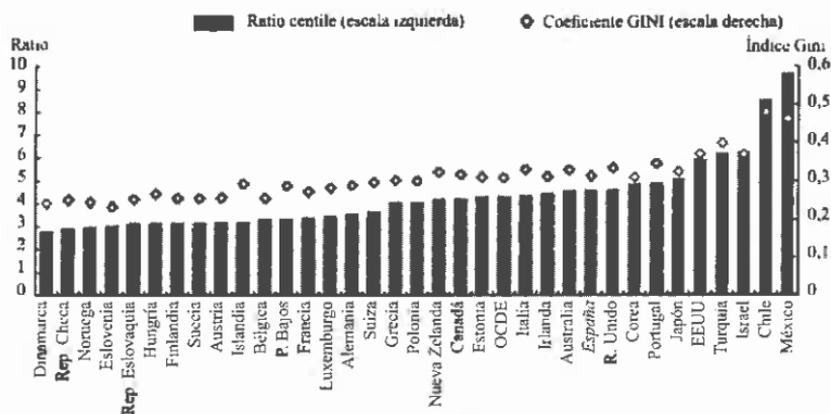
3. REGISTROS POR PAÍSES

Ha sido en las últimas décadas cuando la distribución de la renta en las economías avanzadas se ha ido haciendo más desigual. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial esas economías compatibilizaron un crecimiento significativo con una distribución de la renta relativamente igualitaria. Al inicio de la crisis actual los datos revelan que aquella tendencia se invirtió en las tres últimas décadas, acentuándose la concentración de la renta y de la riqueza en una amplia mayoría de economías desarrolladas. En la OCDE la relación entre la renta de los dos grupos extremos es de 9 a 1: la renta media del grupo representativo del 10% más rico de la población es nueve veces la correspondiente al 10% más

pobre. La medida más usual de la desigualdad en la distribución de la renta, el coeficiente Gini¹, se mantuvo en un valor medio de 0,29 en ese grupo de países a mediados de los ochenta, pero a finales de la década pasada aumentó en casi un 10% hasta un valor de 0,316. Los resultados son muy distintos entre países. Solo Turquía, Grecia, Francia, Hungría y Bélgica registraron pequeños descensos en sus respectivos coeficientes. En las cuatro economías nórdicas y Suiza la desigualdad de las rentas es relativamente reducida, dado que también lo es la dispersión en las rentas salariales, así como reducida la tasa de desempleo.

GRÁFICO 1

Renta disponible de los hogares: diferencia entre el 10º y 90º centile y coeficiente Gini, a finales de 2000



Nota: Para Francia e Irlanda las cifras son a mediados de la década.

Fuente: OCDE. Distribución del ingreso y la pobreza. Estadísticas de la OCDE sobre gasto social (Base de datos).

Ha sido la sensibilidad cada día más explícita en EEUU, en modo alguno ajena a los efectos de la crisis económica actual, la que ha contribuido en mayor medida a renovar la atención analítica en los problemas de distribución de la renta. Gran parte de esa atención reciente se debe a los trabajos de Piketty y Saez (2006) y a la revisión más amplia de Atkinson, Piketty y Saez (2009). Y es que el caso de ese país es ciertamente destacable: la distribución de la renta se ha ido haciendo crecientemente desigual desde comienzos de la década de los setenta hasta formar parte del grupo en el que la desigualdad es superior al promedio de la OCDE. En el trabajo de Piketty y Saez (2006) se demostraba que el valor de los

indicadores de distribución de la renta es ahora equivalente a los existentes en 1928, en el umbral de esa otra crisis parangonable a la actual que desencadenó la Gran Depresión. La participación en los ingresos familiares del 1% de la población con mayores rentas antes de impuestos se dobló ampliamente entre 1980 y 2008, del 8% al 18%. A lo largo de ese mismo período la participación del 20% de la población con menor renta cayó del 7% al 5%.

Si la distribución que se analiza es la de la riqueza la desigualdad en EEUU es mucho mayor, como han destacado Robert Gebeloff y Shaila Dewan (2012). Desde esa evidencia, no ha de extrañar que Piketty y Saez, respaldados por el premio Nobel Peter Diamond, entre otros, propongan mecanismos correctivos, como más elevadas tasas marginales de imposición sobre las rentas más altas. A tenor de lo observado en otros países, así como en la propia experiencia histórica estadounidense, esa tributación más elevada no contraería el crecimiento económico.

Son datos que concitan los temores de los defensores del “sueño americano” como garantía vertebradora de esa sociedad, desde posiciones ideológicas bien distintas, incluido el politólogo libertario Charles Murray, presidente del American Enterprise. Algunos autores, Larry Bartels (2010) de forma particular, destacan como una de las razones de esa ampliación en la distribución en las economías anglosajonas y algunas otras la mayor dependencia de las aportaciones de fondos a las campañas electorales y, en última instancia, la mayor sensibilidad de los políticos a los intereses de las personas con rentas más elevadas: la tendencia a una democracia que también es más desigual.

4. DESIGUAL ESPAÑA

Siendo destacada la ampliación de la desigualdad en los países anglosajones en el último medio siglo, conviene señalar que no es un problema exclusivo de ellos. En España los resultados no son precisamente favorables, según esos mismos datos de la OCDE reflejados en el gráfico 1. Nuestro país pertenece al grupo en el que el origen de la desigualdad en la retribución del trabajo es mayor, superior al promedio de la OCDE: las remuneraciones salariales del 10% mejor pagado han crecido en relación al 10% peor pagado, tanto como consecuencia de incrementos significativos en el primer grupo como por descensos en el segundo. En ello influye de forma destacada la tradicional baja tasa de empleo de la economía. También tienen un impacto relativamente reducido las transferencias a los menos beneficiados en la distribución de la renta.

Desde una perspectiva complementaria, en el gráfico 2 se refleja la evolución de las rentas en la economía española, desde el año 2000. Los efectos de la crisis se aprecian en la reducción de las rentas del trabajo, que por primera vez se sitúan por debajo de las empresariales. Con datos del INE, en los comienzos de la década de los ochenta del siglo pasado la remuneración de los asalariados representaba el 53% del PIB, al tiempo que el excedente bruto de explotación (incorporando a las rentas empresariales las de los empresarios autónomos) alcanzaba el 41%. Los ingresos generados por los impuestos a la producción eran equivalentes al 6%. Desde entonces, las rentas salariales han definido una tendencia al descenso hasta alcanzar un mínimo histórico el año 2011.

No hace falta insistir en los efectos que seguirá teniendo la recesión, ya formalmente instalada en la economía española, sobre esa distribución entre rentas y en el seno de las generadas por el trabajo. Desde otra perspectiva analítica, un informe reciente de la Fundación Foessa y Cáritas (2012) ha confirmado el deterioro en las posiciones de renta y riqueza de los ciudadanos españoles con menor renta, así como la extensión de la pobreza. El impacto de la crisis es destacado en este informe al subrayar, con datos del INE, el descenso de la renta por habitante, desde un valor algo superior a 19.300 euros en el año 2007 a los 18.500 euros tres años después, una reducción cercana al 4%. El descenso de esa renta media es todavía mayor cuando se corrige por la evolución de los precios.

La renta disponible por persona cayó en términos reales cerca de un 9% entre 2007 y 2010. La estimación que se hace en este informe del índice de Gini pasó de 0,313 en 2007 a 0,339 en 2010. Alertan igualmente de la tendencia en los dos últimos años, en los que se ha registrado un incremento sin precedentes de la desigualdad en las dos décadas y media anteriores.

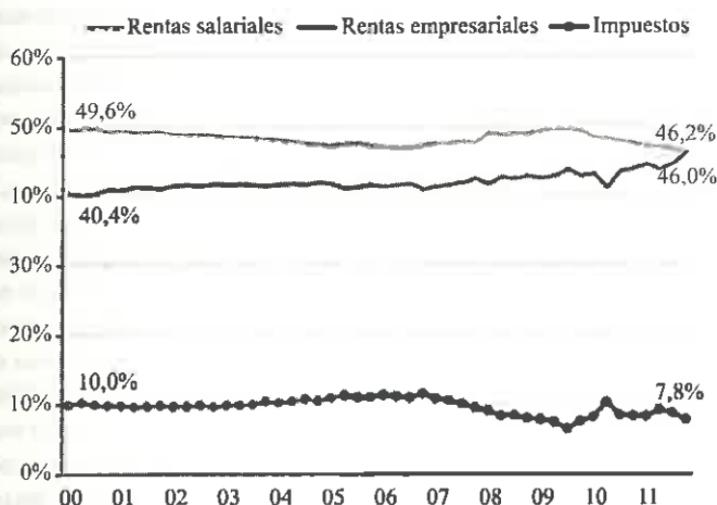
En el informe de Foessa y Cáritas antes citado se recogen otras medidas sintéticas que reflejan las diferencias entre los niveles de renta correspondientes a distintos percentiles de la distribución, conformando esas diferencias. Así, la distancia entre la renta correspondiente al 20% más rico de la población y al 20% más pobre pasó de un valor de 5,3 en 2007 a otro de 6,9 al término de 2010. Se trata del mayor aumento de los 27 Estados de la Unión Europea. El crecimiento de la desigualdad en España, medida a través de este indicador, más que duplicó el de Francia, triplicó el de Alemania y fue casi cinco veces mayor que el de la media de la UE-15.

5. DESIGUALDAD Y CONFIANZA

La confianza entre los agentes económicos, y de éstos en sus instituciones, forma parte de esa nueva forma de capital, el denominado “ca-

GRÁFICO 2

Composición del PIB de España por el lado de las rentas (% del PIB)



Fuente: Afi, INE.

pital social", que, sin menoscabo de la necesaria competencia, permite formas de colaboración generadoras de ganancias sociales. Se considera un elemento favorecedor del crecimiento y del buen comportamiento de otras variables económicas que contribuyen al bienestar.

Algunos trabajos recientes demuestran la correlación negativa entre la desigualdad en la distribución de la renta y la confianza. Shaun P. Hargreaves Heap, Jonathan H.W. Tan y Daniel John Zizzo (2009) también alcanzan conclusiones relevantes sobre la influencia de la distribución de la renta en la confianza que proyectan los participantes en un mercado. La evidencia existe también a nivel de empresa, como Steven Covey ha ilustrado: el mundo de los negocios, sus decisiones de inversión a largo plazo, se resiente si la confianza es erosionada.

Datos de la OCDE ilustran que son las economías de Dinamarca, Noruega, Finlandia, Suecia y Holanda donde es mayor el porcentaje de individuos que muestra confianza en los demás. La competitividad internacional de esas economías, la intensidad en ventajas basadas en el conocimiento y en la calidad del capital humano son tan destacables frente al resto de economías avanzadas como el principal indicador de bienestar, el PIB por habitante muy por encima del promedio. Los analistas de esa institución concluyen igualmente que la elevada desigualdad en la distribución está correlacionada negativamente con la confianza.

6. DESIGUALDAD Y CRECIMIENTO

Con frecuencia, el antagonismo entre desigualdad y crecimiento económico, entre eficiencia y distribución, ha sido reflejado de forma dominante en la literatura económica hasta hace pocos años. Aunque cada vez en menor medida, en algunas discusiones sobre los efectos de la ampliación de la desigualdad en la distribución de la renta todavía es invocado el texto de Arthur Okun (1975) como principal referencia autorizada. El argumento de este autor consistía en que la persecución de la igualdad reduciría la eficiencia, medida esta como la cantidad de producción total de una economía con recursos dados. La razón más esgrimida estaba asociada a la generación de incentivos al esfuerzo, al trabajo y la inversión y, en menor medida, a los costes que la propia gestión de esa mejor distribución podría originar. A "un cubo agujereado" asimilaba Okun los esfuerzos redistributivos, del que los recursos transferidos desde las personas que más renta tienen desaparecen en el camino, como consecuencia de costes administrativos y diversos desincentivos al trabajo de los receptores de esas transferencias.

La evidencia generada por investigaciones recientes no ampara, sin embargo, la presunción de Okun. Una de las más recientes es la elaborada en el seno del departamento de investigación del FMI por Andrew G. Berg y Jonathan D. Ostry (2011), en la que se revisa la experiencia de varios países. A largo plazo esa contraposición entre eficiencia y distribución deja de existir. En su lugar, destacan que la igualdad constituye un elemento importante en la promoción del crecimiento económico y en su sostenibilidad y, en definitiva, en la mejora de la eficiencia.

En realidad, esos autores incorporan la distribución de la renta al catálogo de factores determinantes del crecimiento a largo plazo, junto a la calidad del crecimiento, la de las instituciones o la apertura al exterior. La mayor desigualdad aparece correlacionada con un crecimiento menos sostenido. Admitiendo que algún grado de desigualdad puede ser considerado esencial para el funcionamiento de una economía de mercado, concluyen los autores que la desigualdad excesiva puede ser destructiva para el crecimiento económico. Además de incrementar el riesgo de crisis financieras, como se razona en un epígrafe posterior, es generadora de inestabilidad política, que no es precisamente un factor que facilite las decisiones de inversión nacional e internacional.

En una dirección similar se ha pronunciado el premio Nobel de Economía Michael Spence (2012) al señalar que el aumento de la desigualdad, tanto en oportunidades como en resultados, constituye una amenaza seria a la sostenibilidad del crecimiento. Existen límites a las

desigualdades amparadas en diferencias en talentos y preferencias personales que si no son superados se traducen en tensiones de todo tipo, incluidas las políticas y las que amenazan la inversión.

Andrés Rodríguez-Pose y Vassilis Tselios (2010) particularizan la influencia de la desigualdad en el crecimiento regional. En concreto analizan la relación entre distribución de la renta y la educación y el crecimiento regional en Europa Occidental. Las conclusiones a las que llegan, aunque no difíciles de intuir, no dejan de ser relevantes. Los éxitos en la educación están positivamente correlacionados con el crecimiento económico. En realidad, las desigualdades en los resultados educativos son más importantes para el comportamiento económico que los resultados educativos medios.

7. DESIGUALDAD Y CRISIS FINANCIERA

De las consecuencias que está teniendo la crisis actual sobre la desigualdad de la renta y de la riqueza las evidencias son numerosas. También lo son los efectos en términos de desafección, de aumento de la desconfianza, de los agentes económicos respecto de las instituciones básicas del sistema económico en las economías desarrolladas. Más sugerente es la verificación de que ha sido precisamente la ampliación de esa brecha entre ricos y pobres una de las causas de la crisis. Varias investigaciones se han ocupado de ello. En un documento del FMI cuyos autores son Kurnhof y Ranciére (2010), se sostiene que el elevado apalancamiento de las familias y las subsiguientes crisis financieras surgen como consecuencia de cambios en la distribución de la renta: en la desigualdad. El análisis empírico, basado en EEUU, se centra en 1920-29 y 1983-2008. Ambos periodos, como se ha destacado anteriormente, presiden un aumento muy apreciable en la participación de los ricos en la distribución de la renta y de la riqueza, un ascenso en el apalancamiento de los demás y, finalmente, el desencadenamiento de la crisis financiera y la real. Ello es el reflejo, según los investigadores, de cambios en el poder de negociación sobre las rentas de unos y otros.

La similitud con lo ocurrido en la emergencia de la actual crisis, inicialmente financiera, en EEUU, y la que condujo en los años veinte del siglo pasado a la Gran Depresión es relevante. Las dos analogías más destacables que señalan los autores citados son precisamente que ambas estuvieron precedidas de un intenso incremento en la desigualdad de la renta y en los ratios de endeudamiento sobre la renta de los hogares. La evidencia aportada es notable: las rentas más elevadas prestan una parte notable de sus ingresos adicionales a las personas con menores rentas y

cuando la desigualdad en la distribución de la renta se amplía a lo largo de décadas, esos ratios crecen suficientemente como para incubar el riesgo de una crisis de envergadura.

Estos autores destacan cómo en el periodo entre 1983-2007 la diferencia entre el consumo de los ricos, por un lado, y el de los pobres y el de las clases medias, por otro, no se amplió tanto como las diferencias en la renta de esos dos grupos. La vía a través de la que se sostuvieron esos niveles similares de consumo fue con endeudamiento de los perceptores de menores ingresos. En 1983, ese ratio de deuda sobre renta del 5% correspondiente a la población con más renta era del 80%, mientras que para el 95% era del 60%. En 2007 los respectivos valores eran del 65% y del 140%. El endeudamiento ha sido la vía elegida para compensar la menor generación de rentas por los menos ricos, para elevar sus estándares de vida. Mientras, los perceptores de mayores rentas acumulaban activos financieros, entre ellos, los respaldados por préstamos destinados a los menos favorecidos. Dado que la desigualdad de consumo entre ambos grupos es menor que la existente en la distribución de la renta, el resultado es una mayor desigualdad final en la distribución de la riqueza. Es fácil entender desde esas bases el notable crecimiento del crédito y el consiguiente aumento de la participación en la actividad económica de la industria de servicios financieros a lo largo de ese periodo, así como la vulnerabilidad de las personas con rentas bajas generada por ese mayor endeudamiento. Cuando se desplomaron los precios de los activos inmobiliarios y emergieron los problemas en las hipotecas *subprime*, la crisis se manifestó en toda su extensión.

Desde otra perspectiva, una reciente investigación de los economistas O. Dijk y R. H. Frank y A. Levine (2010), llevada a cabo en los 100 condados más poblados de EEUU, concluye que allí donde la desigualdad en la distribución de la renta creció más rápidamente también se registraron los mayores aumentos de tensiones financieras, medidas por diversos indicadores, incluidas las quiebras. La tendencia a compensar la caída en la demanda de consumo mediante endeudamiento propiciador de inestabilidad financiera, de creación de burbujas, deviene en resultados como los observados en esta crisis: son los menos favorecidos en la distribución los que acaban siendo también los más dañados por la explosión de la burbuja.

La tesis más conocida a este respecto es la de R. Rajan, ex economista jefe del FMI y profesor de la Booth School of Business de la Universidad de Chicago. En un artículo de julio de 2010 detallaba conclusiones que ya avanzó en su libro *Fault Lines* y fortalecen algunas de las ideas anticipadas en la conferencia monetaria de Jackson Hole en 2005 (Rajan, 2005). Sus afirmaciones son contundentes: "Por

cínico que pueda parecer, el crédito fácil ha sido utilizado a lo largo de la historia como un paliativo por aquellos gobiernos incapaces de atender directamente las más profundas ansiedades de la clase media". La creciente desigualdad de la renta genera presión política sobre los gobiernos, no tanto para revertir esa desigualdad como para facilitar el crédito con el fin de mantener la demanda y la creación de empleo, a pesar del estancamiento de los ingresos. El fundamento es contundente y abunda en lo que ya se comentó en un epígrafe anterior: de cada dólar de crecimiento en la renta real generada entre 1976 y 2007, 58 céntimos fueron al 1% más rico de las familias.

Según Rajan, la expansión de la propiedad de la vivienda —uno de los elementos esenciales del sueño americano— a las familias de renta baja fue la pieza clave para alcanzar los más amplios objetivos de expansión del crédito y del consumo. Fue el creciente *gap* en la distribución de la renta el que estimuló el *boom* crediticio que acabó precipitando la crisis financiera. La paradoja, que también constata este autor, es que la severidad de la crisis está contribuyendo a reducir de forma significativa ese número de propietarios por la vía más dramática de las ejecuciones hipotecarias.

Aun cuando otros economistas, como los profesores del MIT D. Acemoglu o S. Johnson, hayan matizado la relevancia de esos objetivos políticos de distribución indirecta, concediendo mucha mayor importancia a la dinámica de innovación financiera creada por los propios operadores bancarios, las vinculaciones causales de Rajan disponen de gran relevancia. Acemoglu (2011) en concreto sugiere que ha sido el sistema financiero, a través de su influencia política, el que ha alterado las reglas del juego en beneficio de los directivos del sector, lo que ha favorecido la obtención de remuneraciones excepcionales y, a su vez, la inestabilidad de la industria de servicios financieros conducente a la crisis.

La posición más diferenciada sobre esa relación causal entre desigualdad y crisis financieras quizás sea la reflejada en el trabajo de Bordo y Meissner (2012). En el mismo se intenta demostrar que las hipótesis de Rajan (2010) y Kumhof y Rancièrè (2011) no son válidas. Con datos correspondientes a 14 países a lo largo de 120 años concluyen que la evidencia demuestra que las crisis bancarias vienen precedidas de expansiones crediticias, pero no que la concentración creciente de la renta constituya un determinante significativo de los *booms* crediticios. Aun cuando la evidencia sobre esa dirección de causalidad no sea completa, sería fácil convenir en las consecuencias que el excepcional endeudamiento de las familias en particular ya está teniendo sobre la distribución de la renta y de la riqueza.

8. INESTABILIDAD POLÍTICA Y CONFLICTOS BÉLICOS

El crecimiento de la desigualdad es un factor de desestabilización política. La disposición de mecanismos suficientemente compensadores, fundamentalmente fiscales, reduce riesgos de todo tipo, desde luego para los inversores.

En paralelo, la desigualdad excesiva también está siendo convocada como una de las causas más importantes en todos los diagnósticos que se formulan sobre los conflictos abiertos en el norte de África y Oriente Medio. Lo han hecho, es verdad que un poco tarde, el Banco Mundial y el FMI. Entre los economistas académicos, Keneth Rogoff (2011) ha sido el más contundente. También ex responsable de investigación en el FMI y profesor de Harvard, tras subrayar que "en el seno de los países la desigualdad de la renta, de la riqueza y en las oportunidades es superior que en cualquier otro momento del último siglo", destaca el "elevado desempleo, la evidente desigualdad en la distribución de la renta y de la riqueza, y los elevados precios de materias primas básicas" como principales factores desencadenantes de los conflictos en África y Oriente Medio.

9. POLÍTICAS PARA UNA DISTRIBUCIÓN MÁS SOSTENIBLE

Las políticas y las instituciones son esenciales a la hora de explicar las crecientes diferencias que se localizan entre las economías avanzadas. Muchas de ellas son complementarias y coincidentes en no pocos casos con las destinadas a promover el crecimiento económico. Del análisis de la amplia muestra considerada en los trabajos de la OCDE antes citados, de las diferencias significativas en el seno de ese grupo de economías avanzadas, se sugieren políticas destinadas a reducir esas desigualdades. Muy sucintamente, estas son algunas de las reflejadas en OCDE (2012):

a) Las políticas educativas de forma preminente. Empezando por la garantía del acceso a todos los niveles de la misma de la totalidad de la población. Junto a las posibilitadoras de una mayor tasa de empleo en la economía, esas políticas educativas pueden tener un importante efecto reductor de la dispersión salarial.

b) Un buen diseño del mercado de trabajo, en el que cobra un papel importante en la reducción de la desigualdad la existencia de un salario mínimo relativamente elevado.

c) Aquellas mejoras en la eficiencia de los mercados de productos que conduzcan al aumento del empleo, dado que la ausencia de este

actúa como una de las más poderosas razones de aumento de la desigualdad en la distribución de la renta.

d) Los sistemas impositivos y de transferencias juegan un papel esencial en la reducción de la desigualdad de la renta. Aun cuando su impacto redistributivo es muy distinto, tres cuartas partes de la reducción media de la desigualdad que se consigue en los países de la OCDE es debida a las transferencias.

e) De los distintos tipos de impuestos los que gravan la renta personal son progresivos, mientras que las contribuciones a la seguridad social, los impuestos sobre el consumo y sobre los activos inmobiliarios tienden a ser regresivos.

10. CONCLUSIÓN

Sin invadir el muy respetable campo de los filósofos morales, ateniéndonos al más concreto análisis coste-beneficio, parece existir suficiente evidencia de que la desigualdad no es rentable. Ya no puede admitirse que la desigualdad es el resultado inevitable del crecimiento económico. La ampliación de la dispersión en la distribución de la renta y de la riqueza constituye una seria amenaza a la continuidad de ese crecimiento.

Neutralizar la tendencia observada en las dos últimas décadas en las economías avanzadas es cuidar de la confianza y reducir las probabilidades de otras formas de inestabilidad. El necesario fortalecimiento del capital social no es precisamente compatible con ensanchamientos de la desigualdad desde los ya amplios registros actuales en muchas economías avanzadas. Tampoco lo es la estrechamente asociada estabilidad política.

La reducción de la desigualdad no solo constituye un asunto de los "indignados" o de los "antisistema": ha pasado a constituir un asunto central en la política económica. Debatido con razón en ámbitos como el Foro de Davos, en uno de sus informes admite que "esa desigualdad en la distribución de la renta es uno de los mayores riesgos a los que se enfrenta el mundo en los próximos años. El contrato social que se consideraba vigente en las últimas décadas se encuentra en riesgo de ruptura en no pocos países".

Haríamos bien, por tanto, en convertir en una prioridad de las políticas públicas ese objetivo de reducción de la desigualdad. También en la economía española, destacada como uno de los casos en los que es más complicado compatibilizar la formulación de medidas de austeridad presupuestaria con la reducción de una tasa de desempleo que afecta a una cuarta parte de la población activa.

La inclusión social requiere una redistribución activa, como la practicada en las economías escandinavas, referencia de la capacidad competitiva, eficiencia y elevados niveles de bienestar. El mejor camino, aunque no el único, dispone de respaldo empírico suficiente: más y mejores puestos de trabajos que permitan escapar de la pobreza y ofrecer oportunidades de mejora profesional. Se trata de invertir en la gente, garantizar la igualdad de oportunidades, en definitiva. Esto remite a servicios públicos de calidad, educación de forma prioritaria, como forma más efectiva de hacer el crecimiento más inclusivo. Ello, sin menoscabo de las necesarias, por más inmediatas en la generación de resultados, políticas directas de apoyo a los menos favorecidos y actuaciones suficientemente compensadoras de los sistemas fiscales. Las consecuencias de la larga y severa crisis actual conceden a estas consideraciones una relevancia adicional.

Las respuestas a la crisis deberían disponer de un estrecho grado de coordinación internacional, al menos en el seno de la UE, desde luego en términos de cooperación fiscal. Como en episodios de crisis anteriores (la que condujo a la Gran Depresión es suficientemente significativa al respecto) las amenazas de proteccionismo, de aplicación de aquellas "políticas de empobrecimiento del vecino" sobre las que advirtiera la profesora Joan Robinson, pueden constituir hoy amenazas que dificultando la recuperación también lo hagan con la necesaria senda de una mejor distribución en los costes de esta crisis en términos de distribución de la renta y de la riqueza.

NOTAS

¹ El coeficiente Gini adopta valor de 0 cuando todo el mundo tiene idénticos ingresos y 1 en el caso extremo, cuando todos los ingresos van a una sola persona.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Acemoglu, Daron. Entrevista "Acemoglu on Inequality and the Financial Crisis", *Library on Economics and Liberty*, EEUU, 21 de febrero de 2011. (http://www.econtalk.org/archives/2011/02/acemoglu_on_ine.html).

Acemoglu, Daron, "Thoughts on Inequality in Financial Crisis", Presentación en las reuniones de la American Economic Association, Cambridge, Massachusetts, enero de 2011. (<http://econ-www.mit.edu/faculty/acemoglu/>).

Atkinson, Anthony B., Piketty, Thomas y Saez, Emmanuel, "Top Incomes in the Long Run of History", *National Bureau of Economic Research (NBER)*, Working Paper, n.º 15408, Cambridge, Massachusetts, octubre 2009, 71 páginas. (<http://www.nber.org/papers/w15408.pdf>) (<http://elsa.berkeley.edu/~saez/atkinson-piketty-saezJEL10.pdf>).

Autor, David H., Katz, Lawrence F. y Krueger, Alan B., "Computing Inequality: Have Computers Changed the Labor Market?", *The Quarterly Journal of Economics*, Cambridge, Massachusetts noviembre de 1998, 45 páginas. (<http://econ-www.mit.edu/files/563>).

Bartels, Larry M., *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, EEUU, 2010, 344 páginas. (<http://press.princeton.edu/titles/8664.html>).

Berg, Andrew y Ostry, Jonathan D., "Inequality and Unsustainable Growth: Two Sides of the Same Coin?", *IMF Staff Discussion Note SDN 11/08*, Washington: International Monetary Fund, 8 de abril de 2011. 20 páginas. (<http://www.imf.org/external/pubs/ft/sdn/2011/sdn1108.pdf>).

Berg, Andrew y Ostry, Jonathan D., "Equality and Efficiency. Is there a trade-off between two or do they go hand in hand?", *Finance & Development. International Monetary Fund (IMF)*, Washington, septiembre 2011, páginas 12 a 15. (<http://www.imf.org/external/pubs/ft/fandd/2011/09/pdf/berg.pdf>).

Bordo, Michael D. y Meissner, Christopher, "Does Inequality Lead to a Financial Crisis?", *National Bureau of Economic Research (NBER)*, Working Paper, n° 17896, Cambridge, Massachusetts, marzo 2012. (<http://www.nber.org/papers/w17896>) (<http://www.voxeu.org/index.php?q=node/7764>).

Dijk, Oege, Frank, Robert H. y Levine, Adam Seth, "Expenditure cascades", *Social Science Research Network*, Working paper, 13 de septiembre de 2010, 34 páginas. (http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1690612).

Fundación Foessa y Cáritas, *Exclusión y Desarrollo Social*, Madrid. 2012, 73 páginas. (<http://www.caritas.es/imagesrepository/CapitulosPublicaciones/4314/EXCLUSION%20Y%20DESARROLLO%20SOCIAL.%20Versi%C3%B3n%20digital.pdf>).

Gebeloff, Robert y Dewan, Shaila, "Among the Wealthiest 1 Percent, Many Variations", *The New York Times*, Nueva York, 14 de enero de 2012. (<http://www.nytimes.com/2012/01/15/business/the-1-percent-paint-a-more-nuanced-portrait-of-the-rich.html?pagewanted=all>).

Hargreaves Heap, Shaun P., Tan, Jonathan H. W. y Zizzo, Daniel John, "Trust, inequality and the market", *Social Science Research Network*, Working Paper, 1 de abril de 2009. (http://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1374844).

Kumhof, Michael y Rancière, Romain, "Inequality, Leverage, and Crises", *International Monetary Fund (IMF)*, Working Paper 10/268, Washington, noviembre 2010, 38 páginas. (<http://www.imf.org/external/pubs/ft/wp/2010/wp10268.pdf>).

OCDE, *Divided we stand: why inequality keeps rising*, París, diciembre 2011, 400 páginas. (http://www.oecd.org/document/51/0,3746,en_2649_33933_49147_827_1_1_1_1,00.html).

OCDE, "Reducing income inequality while boosting economic growth: Can it be done?", *Economic Policy Reforms. Going for Growth*, capítulo 5, París, 2012, 22 páginas. (<http://www.oecd.org/dataoecd/44/26/49421421.pdf>).

OIT, *Work Inequalities in the Crisis: Evidence from Europe*. Ginebra, febrero 2012, 600 páginas. (http://www.ilo.org/global/publications/books/WCMS_159594/lang-en/index.htm).

Okun, Arthur, *Equality and Efficiency: The Big Tradeoff*, Brookings Institutions Press, Washington, 1975, 124 páginas. (<http://www.brookings.edu/press/Books/1975/equalityandefficiency.aspx>).

Ontiveros, Emilio, *La Economía en la Red. Nueva economía, nuevas finanzas*, Ed. Taurus, Madrid, 2001, 238 páginas. (<http://www.editorialtaurus.com/es/libro/la-economia-en-la-red/>).

Ontiveros, Emilio, "La desigualdad no es rentable", diario *El País, Negocios*, 1 de mayo de 2011, página 16. (<http://www.afi.es/EO/notaprensa20110501a.pdf>).

Piketty, Thomas y Saez, Emmanuel, "The Evolution of Top Incomes: A Historical and International Perspective", *American Economic Review*, Papers and Proceedings, Vol. 96, n° 2, Cambridge, Massachusetts, mayo de 2006, páginas 200 a 205. (<http://www.nber.org/papers/w11955>) (<http://elsa.berkeley.edu/~saez/piketty-saezAEAPP06.pdf>).

Rajan, Raghuram, *Fault Lines: How Hidden Fractures Still Threaten the World Economy*, Princeton, New Jersey: Princeton University Press, New Jersey, EEUU, 13 de septiembre de 2010, 272 páginas. (<http://press.princeton.edu/titles/9111.html>).

Rajan, Raghuram, "How Inequality Fueled the Crisis", *Project syndicate*, Nueva York, 9 de julio de 2010. (<http://www.project-syndicate.org/commentary/rajan7/English>).

Rajan, Raghuram, "Has financial development made the world riskier?", *Proceedings, Federal Reserve Bank of Kansas City*, agosto 2005, 57 páginas. (<http://www.kansascityfed.org/publicat/sympos/2005/pdf/rajan2005.pdf>).

Rodríguez-Pose, Andrés y Tselios, Vassilis, "Inequalities in income and education and regional economic growth in western Europe", *The Annals of Regional Science*, Primavera, Reino Unido, 2010, volumen 44, n° 2, páginas 349 a 375. (<http://www.springerlink.com/content/9jkq66605512454k/>).

Rogoff, Kenneth, "Inequality Wildcard in Current Crisis", *Project syndicate*, Nueva York, 4 de febrero de 2011. (<http://www.project-syndicate.org/commentary/rogoff77/English>).

Spence, Michael, "Why Do Economies Stop Growing?", *Project Syndicate*, Nueva York, 23 de mayo de 2012. (<http://www.project-syndicate.org/commentary/why-do-economies-stop-growing->).